

preferencia à los extranjeros que producen mas barato. Entónces es inevitable el esfuerzo que hace el dinero por salir y buscar los géneros que lo atraen . . . ¿De qué sirven, pues, tantos esmeros, tantas precauciones, tantas medidas odiosas, empleadas en detener y aumentar una clase de riqueza tan móvil, tan indócil, tan sorda y rebelde á las leyes, à los alhagos y á los castigos, que si la imploran no escucha; cuando no la llaman, viene; encadenada huye; y por sí misma se esparce, se nivela y se conserva? ¿Cuãto mas sensato no seria buscar la verdadera, la real, la permanente riqueza, los productos del suelo en que vivimos, las cosas útiles siempre por sí mismas, las que llevan consigo la abundancia, la prosperidad, la seguridad de una nacion, atrayendó al mismo tiempo el oro y la plata, pero de un modo provechoso y durable, como tributo pagado por los pueblos estraños, en trueque de lo que nos toman!"



## CAPITULO XI.

### Cuarta objecion.—Fomento de la industria nacional.



“LA libertad del comercio pugna directamente con la industria nacional. Si abrimos la puerta á los trabajos fabriles de las otras naciones, claro es que la que produzca mas barato, logrará una preferencia decidida, á costa de los productores domésticos, incapaces de entrar en una rivalidad que les es tan ventajosa. ¿No dicen ustedes, señores economistas, que el trabajo es el único manantial de la riqueza? ¿Pues por qué hemos de fomentar el trabajo de los pueblos estraños, en lugar de conceder el mismo favor á nuestros compatriotas, cuya prosperidad forma al cabo la de la nacion entera. La prohibicion de géneros estraños, ó la imposicion de altos derechos en su introduccion, ha de estimular forzosamente la industria nacional, emancipándola de una competencia ruinosa. Por mucho que se amplíe la esfera de la filantropía,

y aún prescindiendo de toda consideracion egoísta, ¿no está de acuerdo el interes de la nacion y del tesoro en que se fomente hasta donde mas se pueda, todo manantial de produccion en el territorio que ocupamos? Si podemos sacar de nuestro propio fondo un artefacto que, además de satisfacer nuestras necesidades, da ocupacion à nuestros capitales y à nuestros jornaleros, ¿por qué razon hemos de privarnos de tantas ventajas en favor de los extranjeros? No todos los brazos pueden ocuparse en labrar la tierra; es necesario, pues, hallar medios de utilizar los que sobran; y ¿cómo podremos conseguirlo, si no es creando trabajos nuevos? ¿Y cómo hemos de crearlos, sino asegurándoles una retribucion que los estimule? La industria fabril nacional, es un ramo de produccion que no puede empezar ni seguir progresando sin el auxilio de una proteccion decidida. Si no la protegemos por medio de prohibiciones y de derechos, ni habrá quien le dé principio, ni quien la continúe, ni quien le aplique sus capitales, ni quien consuma sus productos."

En el momento en que escribimos estas líneas, las ideas espresadas en el párrafo que precede, están sirviendo de apoyo à la política de muchas naciones, ocasionando entre ellas odios y recriminaciones que turban su reposo y amenazan la paz del mundo, y propagando en vastos cuerpos de hombres industriosos, pobres, ricos, capitalistas y jornaleros, tremendas inquietudes y luchas acaloradas, y hostilidades que ya se han estendido en algunos puntos à las propiedades y à las vidas. La union alemana se reconcentra en sus propios recursos, se aísla de la comunidad europea, y en el nuevo arancel que ha de regir durante los años de 1843, 44 y 45, saliendo del sistema de lenidad que habia proclamado à los principios de su ecsistencia, sanciona un ecshorbitante recargo de dere-

chos de importacion sobre los hilos de algodón, los guantes, los aguardientes, las alhajas de oro y plata, el coral y otros muchos artículos. Los Estados-Unidos, olvidando los trastornos à que dió lugar, hace pocos años, en su territorio la lucha entre los Estados manufactureros y los agrícolas, se pronuncian abiertamente por los primeros y promulgan una tarifa opresora y tiránica. Portugal vacila en sus negociaciones con la Gran-Bretaña, intimidado el gobierno por los clamores de una industria fabril, que ya desde su infancia, opone una poderosa barrera al arreglo de la gran cuestion pendiente. Los belgas, embarazados con una produccion escesiva, para la cual no hallan salida en ningun mercado, aspiran à una fusion de aduanas con los franceses, y cuando el gobierno francés parecia prestarse à este proyecto que le sonreía, la oligarquía manufacturera de Sedan, de Ruan, de Louviers, de Mulhausen, levanta el grito de amenaza y de terror, y el gabinete les cede el campo de batalla y declara la victoria en favor del monopolio. Lo que pasa en España está demasiado patente à los ojos del mundo, y se da à conocer por actos demasiado visibles de esasperacion y de violencia. Un nuevo género de discordia ha venido à lanzar à la tierra las teas desoladoras de la desconfianza y de la enemistad. Por todas partes dominan los celos y las inquietudes; por todas partes se desarrolla un egoismo nacional, tan opuesto à la caridad cristiana como al espíritu del siglo. El sistema llamado antes manufacturero, y cuya deformidad se quiere disfrazar ahora con el título de *Sistema de Proteccion*, entroniza sus pretensiones esclusivas en todos los gobiernos, esparce la miseria en todos los pueblos, ocasiona la inaccion de todos los trabajos útiles, y afloja y rompe los vínculos de amistad y buena correspondencia, que se creían tan estrechamente apretados desde la caída de Napoleon. El origen de tantas des-

venturas, este malhadado sistema protector que tan rebelde oposicion presenta à las doctrinas del evangelio y de la filosofía, y à las ecsigencias de la civilizacion y de las costumbres suaves del siglo en que vivimos, no es una invencion contemporánea ni nacida, como otras muchas, al par de las reformas políticas que tanto ocupan à la raza presente. Antes de ecsaminar sus mèritos, vamos à decir algo de su historia.

El sistema de proteccion, como otros muchos errores políticos y legislativos que todavía aquejan à los pueblos cultos, nació en aquella cuna fecunda de crímenes y preocupaciones, de excesos de todas clases, de monstruosos delirios y pasiones desenfrenadas, que se conocen en la Historia con el ominoso título de *Edad Media*. Los gobiernos feudales, establecidos en los países que habian formado la parte occidental del imperio romano, degeneraron ràpidamente en focos de anarquía y opresion ilegal. Los príncipes, incapaces de refrenar por sí solos las usurpaciones de su grandes vasallos, y de poner límites à sus rapacidades y violencias, procuraron fortificar su influjo y consolidar su poder, alhagando por todos los medios posibles à los habitantes de las ciudades, y ligando sus propios intereses con los de los municipios. Con este objeto les concedieron fueros y *cartas*, emanciparon à los ciudadanos, abolieron todas las marcas de servidumbre que los envilecian, y los formaron en corporaciones cívicas, con el derecho de gobernarse por medio de consejos y magistrados de su propia eleccion. El órden, la tranquilidad, el espíritu de subordinacion y la buena policia que por estos medios se introdujeron en las ciudades, miéntas que la rapiña, el despojo, la guerra civil y los abusos del poder feudal afligian los campos, dieron à los ciudadanos una gran superioridad con respeto à los labradores. Los

ciudadanos eran los que suministraban à los príncipes el dinero de que necesitaban para sus guerras, para sus fundaciones piadosas, para su lujo y para sus vicios; con la cooperacion de los ciudadanos podian los príncipes humillar la soberanía y comprimir la ambicion de los barones. Pero los ciudadanos no se satisfacian con las concesiones originales que habian elevado su condicion y asegurado su bienestar. Continuamente pedian y lograbán nuevos privilegios, ni era de aguardar que los príncipes que les debian tan importantes servicios, y que, por tantos provechos. Para que no encareciesen los víveres, ni las primeras materias de las manufacturas, se prohibió rigorosamente la esportacion del trigo, del aceite, del ganado, de la lana, del hierro y de las pieles; y à fin de asegurar el monopolio de la industria fabril à los nacionales, se prohibió con no ménos severidad, toda importacion de manufacturas estrangeras. Estas y otras muchas odiosas restricciones impuestas al comercio y à la industria, como la ereccion de gremios y compañías, el arriendo de las aduanas y la importacion forzada de las primeras materias, componian el sistema de hacienda que prevaleció en casi todas las naciones de Europa, por el espacio de cuatro siglos.

Desplomado el régimen feudal, y fortificado el poder de los reyes, sin que por esto se reformasen las ideas generales sobre gobierno y administracion, los ministros, que hallaron ya establecido un manantial copioso de ingresos para el tesoro en las aduanas de que estaban erizadas las fronteras, se guardaron muy bien de despojarse de estos recursos, y antes bien ocasionalmente aumentaban el círculo de las restricciones, y los derechos de entrada. Mas hasta entónces, los reglamentos prohibitivos, las aduanas y los aranceles no se consideraban sino como medios de

contribucion, al par de los diezmos, las capitulaciones, el papel sellado, las alcabalas, y otras imposiciones directas é indirectas. Erá preciso que sobreviniese un gran suceso en el mundo, que ocurriese en sus anales una de esas grandes épocas de extravío y perversidad, para que lo que hasta entónces se habia practicado como medio de obtener dinero de los pueblos, se les ofreciese bajo la máscara seductora de progreso y de beneficio. Este gran suceso fué el reinado, y esta gran época fué el siglo de Luis XIV.

Aquel monarca, sus ministros, sus queridas, sus cortesanos, los generales que desolaron la Europa en su nombre, los escritores que ilustraron su reinado y los diplomáticos que lo representaban en otras cortes, imprimieron un carácter misto de verdadera y falsa grandeza á las ideas generales, á las costumbres públicas, á las empresas militares, á las negociaciones políticas, á todas las instituciones, y á todos los elementos activos de la sociabilidad. El fausto y la altanería de Luis, sus innumerables ejércitos permanentes de que dió el funesto ejemplo á la Europa, sus grandes triunfos y sus grandes derrotas, un reinado larguísimo, una capital que entónces lo era realmente del mundo culto; la disolucion, el lujo, hombres escelsos en todo ramo, academias ilustres, edificios soberbios, empresas atrevidas, todo en aquella época, llevaba el sello de lo extraordinario, de lo grandioso, de lo ecsagerado: "En medio de tan general entusiasmo," dice un economista ya citado, "en esta especie de embriaguez que se habia apoderado de la nacion entera, en esta eshorbitancia y ponderacion de ideas, de esperanzas y de empresas, se concibió el gran proyecto de atraer á la Francia el oro y la plata de todo el globo, de dominar á todas las naciones por medio de las manufacturas. Colbert, el céle-

bre ministro de hacienda, el protector de las ciencias y de las letras, el digno Mecenas de Luis XIV, quedó como deslumbrado y seducido á la vista de tan brillante designio. Era demasiado conforme á las ideas del momento, al temple característico de la nacion francesa, y á la índole de un ministro tan emprendedor como codicioso de gloria, para que deshechase lo que consideró como un medio de someter á los pueblos extranjeros con los esfuerzos de su gènio, mientras su soberano los avasallaba con la victoria y la conquista." (1) El año de 1667 salió á luz, en forma de edicto y de arancel, la legislacion mercantil que les economistas han eternizado con el nombre de Colbertismo. Fúndase en dos ideas matrices, á saber: la balanza del comercio, que dejamos analizada en un capítulo precedente, y la prohibicion absoluta de importaciones extranjeras. Apoyándose en el principio que la balanza de la nacion que mas dinero atrae á su territorio, Colbert descubrió que la superioridad mercantil consistia en mirar á todas las naciones trabajadoras como enemigas y rivales, y en declararles una guerra de industria para privarlas de los metales preciosos que poseían. El ejemplo de los egipcios, de los griegos, de los de Cartago, de Alejandría, de Pérgamo, de Marsella, de Siracusa y de Ródas, pueblos todos que adquirieron una inmensa prosperidad comercial y manufacturera, por medio de una libertad ilimitada concedida al tráfico y á la industria, se esplicaba por los sostenedores del Colbertismo, como un efecto del acaso y un capricho de la fortuna. Profesaban solemnemente la doctrina de que los pueblos deben vender siempre, y no comprar nunca, siendo este el único medio de que jamas salga de las fronteras el dinero que

(1) El Colbertismo.

por ellas se introduce. Fabricando en casa todo lo que se necesitá para el consumo, y no tomando nada de lo que las otras naciones fabrican, claro es, decian ellos, que la riqueza de todo gènero, y particularmente la de las especies metálicas, debe acumularse de una manera indefinida. La prohibicion, pues, debia ser la panacea de todos los males económicos; y la de la esportacion de las materias primeras, así como la importacion de las manufacturadas, llegó á ser un principio tan inconcuso en la Economía Política, como lo es en el Derecho Público la prohibicion de suministrar armas y municiones al enemigo.

Es imponderable el ardor con que fueron adoptadas estas ideas, y solo puede compararse al entusiasmo con que fueron acogidas muchos años despues las quimeras de Law y los célebres planes de la campaña del Misissipi. Todos los especuladores, todos los capitalistas, se dedicaron á la ereccion de manufacturas, y hasta las señoras de la corte y las mugeres ordinarias miraban con horror la cinta, la cõfia ó el pañuelo que no hubiese salido de una fábrica nacional. Esta manía se comunicó á las naciones estrañas. Los gobiernos se esmeraban en multiplicar las medidas protectoras, es decir, los aranceles opresores las aduanas y los reglamentos prohibitivos; y el resultado de esta fervorosa emulacion, fuè el aislamiento, la pobreza, la bancarota de los pueblos que se habian dejado seducir por tan espléndidas teorías, mientras que multiplicadas las barreras entre uno y otro, escitada la envidia recíproca, y resueltos los gabinetes á sostener cada uno para sí un sistema tan imprudentemente abrazado, la guerra vino á colmar la medida de los males que afligian á la desventurada Europa.

A esta època de delirio, cuyos amargos frutos estaban

ya recogiendo las naciones, sucediò otra en que los males no se disminuyeron, aunque parecia presentarse con alguna modificacion el principio maléfico de tantas desventuras. La segunda generacion de colbertistas se declaró contra la prohibicion absoluta; adoptó en su lugar el sistema de muy altos derechos de importacion, y creía ver en ellos no solo un medio de proteccion eficaz para la industria nacional, sino un manantial fecundo de ingresos para el tesoro público. Segun ellos, estos derechos delian variar continuamente, porque continuamente varian las necesidades de los pueblos, las mejoras de la elaboracion, las invenciones y los descubrimientos. La tarifa debia arreglarse á una especie de barómetro, cuyas alteraciones dependian de las circunstancias que acabamos de enumerar, y cuya averiguacion no era ménos difícil que espinosa. Muy en breve se descubrió, con asombro general, que el tesoro estaba vacío; que la industria habia caido en el mayor abatimiento y consternacion; que el precio de las mercancías se habia envilecido; que los hacendados retiraban sus capitales de una esplotacion infauista; que los labradores huían de los campos y acudian á las ciudades para consagrarse al servicio de las artes, de lujo; que las subsistencias escaseaban, y que todavía, bajo el ministerio de Colbert, las pèrdidas de la agricultura, ó por mejor decir, la disminucion de sus productos, que ya ocasionaba carestías desastrosas, se calculaba en 1,500 millones de libras tornesas anuales. Algun remedio se encontró á tantas calamidades, cuando en un acto casi de desesperacion, los agricultores se dedicaron al cultivo de la viña y á la fabricacion de los vinos de Burdeos, Champaña, Languedoc y Borgoña. Mas este remedio salió de las energías vitales de un pueblo activo é inteligente, que repara por sí mismo las faltas de su gobierno; y todas las ventajas que resultaron de esta innovacion son otras tan-